

MI JARDÍN Y OTRAS HISTORIAS NATURALES

August Strindberg

**Mi jardín
y otras historias naturales**

Traducción y epílogo
de Natalia Zarco

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Blömstermalningar och djurstycken*

© de la traducción y el epílogo, Natalia Zarco 2023

Imagen de la cubierta:
Abuelo, Carl Larsson, 1909

De esta edición:
© Editorial Elba, S.L., 2023
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com

CONTENIDO

Del pesimismo en la jardinería moderna · 9

El ruiseñor · 21

El arte de la pesca con caña · 27

Suvenires de caza · 37

La inteligencia de los animales y las plantas · 53

Los secretos de las flores · 69

Mi jardín · 91

Epílogo

El gran desorden y la coherencia infinita · 101

Del pesimismo en la jardinería moderna



Ayer por la mañana fuiste consciente de haber envejecido de tanto como te emocionó ver las malvarrosas en casa del guardabosques. ¡Qué hermosas te parecieron esas flores de tu infancia que, tiempo atrás, se ordenaban alineadas en los macizos del jardín de tu padre! Aunque también te sentiste un poco avergonzado de encontrar hermosas esas flores de papel anticuadas que habías aprendido a despreciar cuando, de adulto, te dejaste persuadir de que ¡eran feas! Conocías otros nombres de la malvarrosa, aparte de aquel que la condesa te había enseñado: «flores de papel»; también se las llamaba «rodrigón de las judías», «muñecas de trapo», o bien se recurría a otros aún más feos. Pero ayer por la mañana las encontraste de nuevo hermosas, y te quedaste todo el día detrás de la ventana mirándolas al otro lado de la carretera. Su conjunto ofrecía una vasta gama de colores, del blanco al púrpura y al color de la sangre, pasando por el malva, el rosa, el amarillo azufre, el violeta anilina. Sin embargo, todos esos colores estaban reunidos en un único acorde majestuoso, y el verde pálido de las hojas dulcificaba la composición, otorgándole una dominante suave y melodiosa que orquestaba esa masa compuesta como una partitura.

Te sentiste dichoso como si hubieras rejuvenecido; extrañas y radiantes percepciones auditivas y visuales te sumergieron en el corazón mismo de la mañana.

Viste caritas de niños y trajes de organza, oíste canciones que no se habían vuelto a cantar y que habían quedado escondidas en los estantes polvorientos de tu cerebro, detrás de las hileras de libros encuadernados en cuero oscuro y pergamino marfil; viste a la Bella Durmiente, a Caperucita Roja y a Pulgarcito, a Lunkentus¹ y el cazador de cabelleras² jugando al pillapilla entre las grandes hojas de viñetas y las hermosas flores ornando las páginas de los libros de cuentos.

Después, la melancolía se impuso. Te entristeciste: tú mejor que nadie sabías que está prohibido amar el pasado y que no se puede admirar impunemente aquello que es ya antiguo; lo habías leído recientemente, peor aún, tú mismo lo habías escrito y, por si fuera poco, dejado que se publicara: ¡la admiración de la propia juventud es un síntoma evidente de senilidad!

Abrumado, sales a caminar entre las cabañas de los campesinos. Detrás de las oscuras ventanas irisadas distingues ¡los geranios de tu infancia! Entonces recuperas la alegría, aún más conmovido, y vuelves a la tristeza.

Te admiras de tu valentía: atreverte a preferir los geranios blancos de tu juventud, cuyas flores parecen una nube de mariposas blancas con las alas de purpurina que se detendrán en las hojas verde sombra, atreverte a preferirlos antes que los geranios escarlata,

1. Alusión a una leyenda popular en la que Lunkentus es un héroe que salva a una princesa; en otro cuento, aparece como un troll.

2. Alusión a la novela de Thomas Mayne Reid (1818-1883) *Les chasseurs de chevelures*, traducida al sueco en 1876.

que reemplazaron a los blancos y que tú nunca pudiste soportar debido a sus colores llamativos, sin matices, y al exagerado contraste con el verde, y debido también a su vulgaridad campestre: como una cabaña roja delante de un bosque de abetos... Pasó el tiempo; no conseguiste superar tu aversión por ese bárbaro invasor, y el día que quisiste hacerte con unos geranios, sólo encontraste flores domésticas. El tiempo te había alcanzado; la moda te había rodeado, la barbarie tenía el poder: sobre ti y sobre los geranios de tu juventud, ¡hermosos, alegres, ligeros, coloridos! Te viste obligado a adquirir los geranios color escarlata, puesto que no había otros. En la actualidad, es en la cabaña del jornalero donde se encuentra el aristócrata, desde que el criado se incorporó con fuerza en la residencia de verano del rey, en la casa del señor y en el jardín público.

Algún tiempo más tarde tuviste que ir a la ciudad. Con el corazón apesadumbrado, recorriste las calles estrechas, orgulloso de pensar que eras un espíritu moderno simplemente porque no podías soportar la ciudad, ese vestigio de la rudimentaria infancia de la civilización, época en la que cada casa era una fortaleza y cada calle una trinchera. Estabas orgulloso de tu desánimo de hombre iluminado y empezaste a poner en duda tu lado anticuado y tu vejez inminente; detenías en ese esplendor tan admirado una mirada altiva, la misma mirada que dirigías a las vueltas ojivales, hoy inútiles, y a los objetos fetiche colocados en el altar de las iglesias. Enfilaste por la amplia arteria que lleva a la plaza real. Cuando tuviste los ojos cansados de las joyas que nunca poseerás y de las ropas que nunca vestirás,

te paraste delante del enorme escaparate belga de una floristería. Y sonreíste, feliz como un niño que se ha salido con la suya, hosco como un viejo que se topa con la oportunidad de exclamar triunfalmente: «¡Te lo dije!». Tú sonríes desde tus barbas: ¡He aquí el florista de Su Majestad que, en su escaparate, expone los geranios de tu infancia, con sus mariposas blancas y púrpura, y que, además, se atreve a rotular en letras mayúsculas: NOUVEAUTÉS!

¿Lo ves, mi viejo?, no estabas tan pasado de moda por seguir siendo fiel al amor de tu infancia; ¿ves cómo has resultado el más moderno de todos sin saberlo ni quererlo?

Dejas el centro para pasear por el barrio residencial, después por la periferia obrera, lindando con el campo, donde las calles son jardines, y dejas de sonrojarte por tu aversión a la ciudad –que algunos consideran obsoleta–, puesto que aquellos que son dueños del futuro, los comerciantes y los obreros, también la han abandonado.

Sintiéndote ultramoderno, coges el tren para ir a reencontrarte con las malvarrosas de tu juventud, que ahora podrás contemplar con la conciencia tranquila ¡y contándote cuentos de hadas!

Por el momento estás lo suficientemente influido por la moda como para atreverte a criticar el pesimismo en la jardinería moderna, y, además, eres lo bastante valiente como para empezar tus diatribas contra la modernidad con la vieja fórmula, honorable y sospechosa: «¡En mi juventud...!».

En mi juventud –¡de eso hace treinta años!–, en primavera, no había tantas variedades de flores en los jar-

dines. En aquellos años, por Pascua, las campanillas de invierno brotaban en ramilletes en los parterres no cultivados, incluso en las manchas de nieve, y a veces en la tierra negra. Después llegaban los tulipanes con sus tres colores puros: rojo escarlata con un remate fino amarillo en los bordes, amarillo limón con los mismos bordes en rojo y los blancos como la flor de lis. Eran magníficas flores inmigrantes de las tierras del este, inundadas de sol, y tan resistentes que los bulbos podían aguantar bajo tierra para multiplicarse espontáneamente durante el invierno. Sus tonalidades eran tan puras y vivas que formaban un decorado vistoso, mientras que las hojas de las peonías y las fritilarias, que recordaban a las legumbres, ponían desorden aquí y allá. Tenían colores saturados, como los de las alfombras turcas, pero ni excesivos ni chillones, porque las corolas carnosas de las liliáceas dejaban pasar una parte de la luz absorbiendo otra, como el alabastro o el mármol y, vistas de lejos, parecían transparentes situadas delante del sol.

Veinte años después, estaba trasplantando unos repollos y quise tener también tulipanes, y encargué expresamente al vivero que me hiciera llegar plantas monocromas.

Planté entonces los bulbos en un montículo rocoso que había cubierto previamente de tierra transportada en un balde; después cavé, desherbé y regué. En cuanto apuntaron las orejas de burro verde-gris, en medio de éstas floreció, a su debido tiempo, una enorme cantidad de horrosas bolas ¡con los colores de los loros! Habían mejorado, modificado, los tulipanes de mi infancia de tal forma que ahora eran dobles, a expensas

de sus caracteres sexuales. El elegante y esbelto pimpollo se había transformado en un pompón, como lo llevaban antaño los soldados en sus chacós, el rojo y el amarillo mezclados, como en el trapillo. Cargado de prejuicios contra las novedades superfluas, los dejé en la tierra durante el invierno, a pesar de los consejos del vivero, deseándoles una muerte segura bajo la capa de nieve.

Pero tuvieron la desfachatez de sobrevivir a los veinte grados bajo cero y al viento del norte. Cuando volví a mi islote rocoso, esos canallas estaban allí, aparentemente un poco más gráciles, con el hocico un poco más pálido que el año anterior. Faltaban algunos pétalos internos; en otros, un poco deformes, la antera había empezado a asomar; toda su magnificencia mostraba signos de degeneración y de retorno a la encantadora barbarie que yo admiraba en mi juventud.

En la tercera primavera, la degeneración fue completa; por tortuosos caminos había llegado hasta los tulipanes de mi juventud, y allí están todavía, seguramente, aunque yo no los haya podido volver a ver desde entonces.

También teníamos narcisos, el *Narcissus poeticus* auténtico y clásico, en todo semejante al descrito por Ovidio en las *Metamorfosis*, donde el joven enamorado de sí mismo se transforma en una flor cuya corola tiene seis pétalos blancos como la tiza y cuya corona amarillo azafrán está rayada de rojo sangre en su interior. Me hacía muy feliz contemplarlos en Pentecostés, época bendecida por las flores de las lilas y los manzanos. Más tarde, algún espíritu audaz arremetió contra la modesta belleza del narciso, esa flor incomparable,

sencillamente porque se le pidió sacar alguna novedad. Al fondo de la corola, en el lugar de las pequeñas manchas de colores pálidos, tienen ahora una especie de tampón de papel, blanco como el resto, quizás hecho con la intención de ocultar las desnudeces. Actualmente, la damasquina, los junquillos, las escilas y otras parecidas reemplazan al antiguo narciso. Pero yo le sigo siendo fiel, no porque sea antiguo ni sencillo –pues lo que es simple suele ser feo–, sino porque es el más hermoso. Si no hubiera sido el más hermoso, no se habría cultivado durante más de dos mil años; como el geranio escarlata, habría hecho furor durante veinte años y después habría desaparecido.

Cuando llegaba el verano, adquiríamos las plantas o las semillas de las flores anuales para plantarlas en el parterre, entre las vivaces y las bianuales. Aquel parterre feliz, resplandeciente, aromático, con la reseda y la nemophila azul celeste en los bordes y el resplandor inextinguible de la capuchina, como el de las hogueras de campo. Más al fondo, el adonis de otoño y la nigella, pequeños divertimentos de la naturaleza mezclando flores y hojas; después, el fascinante guisante de olor con los colores más pimpantes y el aroma veraniego más suave, que recordaba una comida de fiesta estival, de sopa de guisantes y frambuesas del jardín; el púrpura vivo, regio, de las escabiosas; los colores vivos y saturados de los alhelíes amarillos; el traje de rayas de las peunias evocando la tela de los toldos españoles, así como el rojo cinabrio y granate de las amapolas.

Cuando aquel esplendor tocaba a su fin, los asteres, robustos, estaban listos para tomar el relevo. Esas flores, un poco pobres, las más de las veces blancas, rojo

pálido o rojo violáceo, como se decía en aquella época, tenían un lado humilde, familiar, sencillo, que hacía pensar en el jardín de un cura. Esas plantas, de la familia de las asteráceas, que parecen mal planchadas, evocan los puños arrugados, la ropa interior femenina, pero ¡siempre castas! Soportan las noches de hielo, aunque, después, sus hojas quedan colgando como trapos negros, y a menudo llegan a vivir un segundo verano: trasladadas a la ciudad en macetas, decoran muy bien las ventanas de los pisos. En realidad, siempre han sido más útiles que bonitas.

A continuación, llegaban los amarantos con sus uniformes, de los que no se podía prescindir porque eran casi las únicas flores que llevaban todavía el imprescindible color amarillo.

Luego las dalias, esas aristócratas de hojas oscuras, las cuales, durante los veranos fríos y húmedos, se obstinaban a veces en no florecer, y la primera noche de helada las mataba con los capullos sin abrir. Pero cuando florecían, eran como una música zíngara, discordante a momentos, pero salvaje y magnífica.

Y, por último, florecía la retaguardia de siemprevivas, con sus tonos pálidos y discretos como el sol otoñal, curtidas por las noches de octubre, para llegar finalmente al invierno colocadas sobre algodón entre las dobles ventanas.³

El jardín era todo color y luz y alegría de vivir y uno era feliz sólo con contemplarlo.

3. En los países escandinavos las ventanas suelen ser dobles y en invierno se solía colocar un paño de algodón en la parte de abajo entre los dos cristales para mejorar el aislamiento.

¿Qué queda hoy día de ese bello arte que, en un espacio limitado, permitía reunir elementos de las cuatro esquinas del mundo capaces de devolver la dicha al ojo fatigado del barro del otoño y la nieve del invierno? Tan pronto llega el verano y los arbustos del jardín se despiertan, en lugar de regocijar la vista en los espléndidos racimos de flores de las lilas, en los vestidos de novia verde pálido de los jazmines, veíamos al arce negundo (*Acer negundo*) vestir sus galas color amarillo desteñido como si llegara el otoño en lugar de la primavera. Peor aún, encontrábamos esa variedad de arce con hojas blancas que daban la impresión de haber sido rociadas ¡con espíritu de sal!⁴ Probablemente sea una prueba de conservadurismo querer ver los árboles verdes, pero no puedo evitarlo: el arce negundo me parecía odioso, como un tísico que se pavonea alardeando de su clorosis.

En fin, vamos a ver los arriates: ¡las plantas verdes que no florecen jamás! Las plantas verdes con hojas rojas y amarillas, parecidas a esas que uno admira en otoño, a falta de otras mejores, sobre el arce moribundo o la parra virgen. En cuanto un pobre capullo amenaza con abrirse en medio del follaje otoñal, el enemigo de las flores se precipita a eliminarlo. Alrededor de esas monstruosidades que llevan el horrible nombre de cólio,⁵ y que parecen estar interpretando el papel del amante en un drama sulfuroso, se coloca una guarnición de crisantemos amarillos como las gachas

4. Ácido clorhídrico diluido que se utilizaba para fumigar.

5. Planta de la familia de las lamiáceas.

de cerveza⁶ o la ficoides de flores casi blancas; estas dos especies hacen pensar en los champiñones de París, cultivados en cuevas y grutas, en el apio en rama plantado en una maceta, o en una planta de piso que las criadas ignorantes han regado a muerte. Añadamos a esto un amaranto, *Amaranthus melancholicus*, que parece salir de casa del calderero, o bien un agave de casa del hojalatero: ¡qué regocijante imagen! Tan regocijante como la vista del ricino, ese arbusto que, según los catálogos, crece tres alnas durante el verano y su cuarta rama brota en una tija de un pie de alto a finales de septiembre, y el maíz que desarrolla su mazorca verdosa en octubre: uno siente el irresistible impulso de pasarse una buena cuerda de cáñamo por el cuello y dejarse morir sobre un macizo de iresine goteando sangre color remolacha, echando sobre uno mismo la piel de cocodrilo de las saxífragas. Si, por casualidad, uno es propietario de malas hierbas costosas, como los equinopsis, acantos, gunneras u otras del estilo, ya puede alegrarse: ¡el dinero no se ha gastado en balde!

¡Introducir en un jardín el otoño, los cardos y las malas hierbas, y no tener ni una sola flor, es tan aberrante como el boj podado o el tilo en espaldera! Y lo peor es la ficoides, que en plena canícula ofrece la ilusión de nieve y escarcha.

¿Quién ha inventado tales horrores? ¿Un enemigo acérrimo de las flores? ¿Un jardinero ambicioso que ha querido crear algo nuevo sin importarle a qué precio? ¿Cómo ha podido imponerse entonces este

6. Antiguamente, comida rudimentaria de los campesinos suecos.

pesimismo? ¿Acaso hubo en el ambiente de la época una inclinación por el sufrimiento autoinfligido, o fue una moda que surgió, se impuso, paralizó a los mejores y obligó a doblegarse incluso a los más obstinados? ¡Quién sabe! Los vientos soplaban de todas partes, pero algunos no duraron mucho tiempo. Es el caso del que estoy hablando: yo he visto, sin disgusto, el abominable cólio en el jardincillo de un aldeano (en breve lo mandarán al asilo). ¡Y por eso mismo apuesto por el guisante de olor en vez de por la hierba de la pampa!

Ésa es la degeneración en la jardinería. Pero existe también una tendencia sana en la cultura moderna de las flores, y yo la apruebo, aunque me obligue a cuestionar los ideales de mi juventud.

Ahora tenemos rosales que se han convertido en rosales de árbol. En absoluto pretendo abjurar de mi fe en las felices rosas de Provins* o en las inolvidables rosas musgosas que bien podíamos haber conservado, puesto que no impiden a las demás desarrollarse. No es mi intención afirmar que las formas tipo matorral son más naturales que los palos coronados por un plumero, puesto que la rosa canina crece naturalmente como un haz de mimbre. Cada uno ha de encontrar sus argumentos, y los rosales trepadores, Maréchal Niel, Gloire de Dijon, Rothschild, entre otros, son verdaderas obras de arte creadas por la mano del hombre, que ha sabido mezclar los colores y obtener los matices más sutiles.

*Pronúnciese *Provins*, por la villa del departamento de Seine-et-Marne, ¡no *Provence*! (N. del A.)

Cuando comparo los alhelíes de mi infancia con las variedades más recientes, cada vez me gustan menos, aunque mi amor por ellos siga intacto. En mi época teníamos todo lo más tres colores básicos, sin matices intermedios. En la actualidad, se han desarrollado y combinado sonatas enteras, y es inevitable encontrarlas admirables; según los especialistas en rosas, sus autores han mezclado los colores en una paleta de pintor, sin ponerlas unas al lado de las otras, ni confundirlas como vulgares fabricantes de tulipanes.

También haré elogio de las nuevas zinnias, convertidas en flores aterciopeladas de gran valor decorativo. Me inclino sin vacilar por las crocosmias, con su floración color coral tirando a rojo y naranja, y que le sacan a las otras una cabeza. Las anémonas de Japón son de una elegancia etérea; la simple dalia es luminosa, la lobelia y la genciana son bienvenidas por reforzar las hileras de raras flores azules; las begonias son las sucesoras refinadas de las balsaminas; las gloxíneas son a las aurículas lo que los impresionistas a los decoradores de muebles rústicos. Y cuando el último verano, en una exposición en Copenhague, vi dos composiciones, una hecha con gladiolos y la otra con ciclámenes que no habrían decepcionado ni a Rubens ni a Van Huysum, entonces le di al César lo que le correspondía.

Todo avanza, pero al pasar por el parterre de los cólios... momento lacrimógeno de abatimiento, de degeneración, de fatiga, que bautizo con el nombre de esa horrible planta: ¡el cólio! ¡El espantoso cólio! ¡La era de los cólios!